

Tomada Papeal

PRIMERA CARTA PASTORAL

QUE EL

Illmo. Sr. Obispo de Puebla

Dr. D.

José Perfecto Amézquita y Gutierrez

DIRIGE AL

Illmo. y V. Sr. Dean y Cabildo
de la Santa I. Catedral, al V. Clero Secular y Regular
y á los fieles de la diócesis

al tomar posesión de la

Sede Episcopal.



BX874
.A49
P7
1897
c.1

Puebla. 1897.

P. DE "LA MISERICORDIA CRISTIANA."

San Juan del Rio Núm. 3.

993

BX874

.A49

P7

1897

c.1

00

993



1080027074

PRIMERA CARTA PASTORAL

QUE EL

Illmo. Sr. Obispo de Puebla

Dr. D.

José Perfecto Amézquita y Gutierrez

DIRIGE AL

Illmo. y V. Sr. Dean y Cabildo
de la Santa I. Catedral, al V. Clero Secular y Regular
y á los fieles de la diócesis

al tomar posesión de la

Sede Episcopal.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Puebla. 1897.

TIP. DE "LA MISERICORDIA CRISTIANA."

San Juan del Rio Núm. 3.



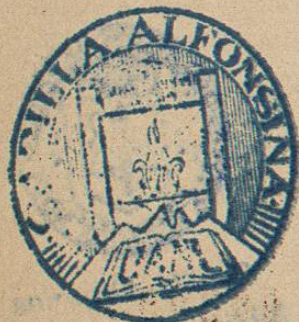
*Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria*

41193

Bx874

.A4

P71



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOS EL DR. D. JOSÉ PERFECTO AMÉZQUITA Y GUTIERREZ, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de la Puebla de los Angeles.

Al Illmo. y V. Sr. Deán y Cabildo de la S. I. Catedral, al V. Clero Secular y Regular y á los fieles de nuestra Diócesis, salud y paz en N. S. Jesucristo.

CARÍSIMOS HERMANOS:

Llamado por la Providencia para regir vuestros destinos en el orden espiritual, al confiarnos el gobierno y administración de esta Diócesis, nuestro primer deber es dirigiros la palabra por medio de una Carta pastoral, para saludos y expresar los sentimientos de nuestro corazón y nuestra pastoral solicitud por el bien de vuestras almas. Cumplimos con este deber gratísimo, haciendo llegar á vosotros el eco de nuestra voz amorosa, al remitiros la alocución dirigida á la Iglesia Angelopolitana, en el día que nos recibió gozosa y tomamos posesión de la Sede Episcopal de Puebla. Recibidla como expresión sincera de nuestro cariño hacia vosotros, y del celo que nos anima para el desempeño de la misión que el cielo nos confía en favor vuestro.



003993



Et vocabit Dominus Samuelum. Qui
respondens, ait: Ecce ego. I. Reg. c.
III. v. 4.
Y llamó el Señor á Samuel. El cual res-
pondiendo dijo: Aquí estoy.

La voluntad de Dios, que, hace diez años, nos arrancó de Guanajuato, donde se deslizó tranquila y feliz la juventud de nuestro ministerio y consumimos gran parte de nuestra vida sacerdotal, y nos mandó ir á Tabasco, al iniciarse ya nuestra decrepitud; nos ordena hoy abandonar aquella tierra tan querida que hemos cultivado con tantos afanes, humedecido con tantas lágrimas, y regado con tantos sudores, para venir, tal vez en la última etapa de la vida, á esta religiosísima Ciudad, de tan gratos recuerdos para Nós, por haber pasado en ella el último año de noviciado (1855) en la Congregación de la Misión. Dura, muy dura fué nuestra separación de aquella Ciudad hospitalaria que nos acogió benévola y nos albergó, cuando arrojados por el torbellino revolucionario de nuestra tranquila morada, en la ciudad de León, buscamos un asilo en su caridad. Doloroso nos fué dejar tantos corazones amigos con los cuales nos ligaban las relaciones más estrechas en el magisterio, en la dirección de las almas, en la administración parroquial.....Habíamos educado una generación, y, en tal virtud, podíamos decir con verdad á los jóvenes Guanajuatenses, nuestros discípulos: *Filioli mei quos iterum parturio*, (1) "hijitos, á quienes por la educación hemos dado un nuevo ser," os vamos á dejar, nos alejamos de vosotros para ir á habitar en las riberas de remotos mares, en una tierra distante de ésta que podemos llamar la tierra nuestra, por vuestra generosa hospitalidad.....Y nos despedimos de

(1) Galat. IV. 19.

aquellas áureas montañas, que nos dieron sombra por un cuarto de siglo, para encaminarnos, cuando ya la añosa vejez blanqueaba nuestra barba, á la ardiente región de Tabasco. Contemplamos allí, llenos de gozo, los caudalosos rios, las vegas hermosísimas, los verdes plataneros y las encumbradas palmas de aquel país feracísimo. ¡Ay! ¡Cuán grato nos fué saludar con la sonrisa en los labios y la ternura en el corazón, á sus moradores, dirigiéndoles, en nuestra primera Carta pastoral, estas sentidas frases que nos inspiró el amor! "Cuando abrimos los labios para saludaros, nuestro corazón se dilata en la expansión de los más vivos afectos de acendrado cariño hacia vosotros. El pensamiento de que Dios al crearnos, nos destinaba para que al fin de nuestros días fuésemos á emplear nuestras fuerzas y vida en procurar vuestro bien, engendra en nosotros tal amor á esas tierras y tal celo por llenar esta misión gratísima, que no podemos resistir al impulso del corazón que nos dicta, para expresarlos, la inspirada frase del Apóstol á los fieles de Corinto: *Con placer sumo gustaremos todo el vigor que nos queda, y sacrificaremos hasta nuestra vida por la salud de vuestras almas.*"

Después de diez años de penosas labores, costosos sacrificios y amargos sufrimientos, en el gobierno y administración de aquella Diócesis, ¡cuán cara debe ser para Nós, la tabasqueña grey, á quien tantas veces llamábamos, con entrañable afecto, nuestro gozo y nuestra corona! *gaudium meum et corona mea!* (1) ¡y cuán dura hoy nuestra separación de aquel rebaño tan querido que por tanto tiempo fué el objeto de nuestros desvelos y el bello ideal de nuestras más dulces y halagadoras esperanzas! ¡Ah! ¡Cuántos suspiros y cuántas lágrimas nos ha arrancado el solo pensamiento de tener que dejarlo! Pues ¿qué sentiríamos al pisar por última vez las playas del Grijalva, rodeados de un gran número de nuestras ovejas, tan amantes y tan tiernamente amadas de nuestro corazón, al oír aquellas sus frases tan expresivas

[1] Philip. IV, 1

de sincero y filial cariño: "¡Te vas, prenda, corazón, y ya no volverás, como solías despues de tus expediciones, á llenar con tu presencia de alegría las almas de tus hijos!" ¿Qué sentiríamos; cuando, al conducirnos á la nave, entre suspiros y sollozos humedecían nuestra mano con el llanto de sus ojos, estrechándola por vez postrera? ¿Y qué, cuando, al volver la popa hacia la ciudad el bajel que debía conducirnos á Frontera, empezamos á surcar aquellas límpidas aguas que tantas veces saludamos llenos de gozo, cuando volvíamos al seno de nuestra amada grey? *Linquenda tellus.* ¡Conque al fin, tenemos que abandonar esta tierra que creíamos guardaría nuestro sepulcro, la que con tanto afecto llamábamos la tierra nuestra? *Nos patriam fugimus, et dulcia linquimus arva.* Quedose aquella humilde y silenciosa estancia, modesta habitación, que, por diez años, fué testigo de nuestras horas de congojosa angustia é intenso penar, y presencié también las asambleas de aldeanos y de menestrales, con quienes pasábamos tan deliciosas horas de expansión en espirituales conferencias, y oyó las deliberaciones de las sociedades católicas y asociaciones de Caridad, que presidíamos. No volveremos quizás á penetrar alegres y contentos en la pobre ermita, que llamábamos nuestra catedral, bajo cuyo toscó artesón, cubierto de enmohecida teja, de recién llegados en medio del pequeño grupo de jóvenes levitas que formaban nuestra comitiva, entonábamos con un sabor del cielo aquellos cánticos que entonaban Javier en los apartados boques del Japón, los cenobitas en sus claustros silenciosos y les anacoretas en las bastas soledades, los mismos que resuenan bajo las doradas bóvedas de las insignes basílicas y suntuosas catedrales. Ni, apacentandoos cariñoso, os volveremos á ver, tiernas ovejitas, tendidas sobre la verde grama, pendientes de nuestros labios, ávidas escuchando la doctrina de salud que os anunciábamos desde la choza formada de seto y guano que hacía veces de Templo? ¡Ah! ¡felices, mil veces felices aquellos socios de nuestro apostolado, á quienes el cielo propicio concedió rendir la última jornada de su vida bajo el

sol de Tabasco, ó en la choza del humilde aldeano, ó al pie de una palmera en la soledad de un bosque umbrío! N6s, no fuimos dignos de suerte tan dichosa. No plugo así á Dios. Su voluntad santísima ordenó de otro modo las cosas: llamados de improviso por una voz amiga para tomar parte en las deliberaciones de la asamblea Provincial Mexicana, cuando nos preparábam para volver al seno de nuestro rebaño tan querido, una voz de lo alto detiene nuestros pasos y nos revela los designios del Pastor de los pastores sobre nuestros destinos. El Pastor Divino, por boca de su Vicario en la tierra, nos manda decir: "Dispongo dejes la majada en que por un decenio cuidabas solícito la parte de mi rebaño que se te confió y pases á velar sobre otro aprisco, cuyo Pastor ha muerto. Toma en la mano tu cayado, y disponte á partir en breve á consolar á las ovejas que balando están de duelo por el amable Pastor que han perdido." Así, como á David, nos sacó de las selvas Tabasqueñas para venir á apacentar á Jacob, su eiervo, y á Israel, su preciosa heredad. *Sustulit eum de gregibus ovium, pascere Jacob servum suum, et Israel haereditatem suam* (1). Así, la misma voz que nos mandó á evangelizar á los pueblos de la lejana costa nos manda hoy venir á la opulenta y religiosísima ciudad de Puebla, cuna del Cristianismo en la región de Anahuac.

Si consultáramos á nuestro gusto, á las inclinaciones nativas de nuestro corazón, sin haceros injuria, os diremos con franqueza: preferiríamos la tranquilidad de las selvas, el aduar del salvaje, la choza del labriego, el humilde campanario de un obscuro pueblo á los grandes centros de población, á los espléndidos palacios, á los suntuosos templos con sus esbeltas y elevadas torres. Más, ¿qué quereis? habíamos profesado en una Sociedad, en la que hicimos voto de acabar nuestros días trabajando por la salud de los pobres del campo: *saluti pauperum rusticorum, toto vitae tempore in dicta Congregatione manendi*. Por esto habíamos dicho á algunos altos personajes, y lo repetimos varias

(1) Psal. LXX. 70.

veces á algunos amigos de nuestra confianza, que se preocupaban de nuestro porvenir: "cuando los achaques de la vejez nos hagan servir de estorbo en Tabasco, ó por algún motivo desmerezcamos la confianza de la Santa Sede, la mas leve insinuación bastaría para hacernos volver á nuestro tranquilo hogar, al retiro de la Congregación de la Misión, de donde sólo el querer divino nos ha sacado; pero si por recompensa de nuestras fatigas, ó en pago de algunos pequeños sacrificios, se trata de mejorar-nos con alguna traslación: desde ahora anticipadamente renunci-amos." Hoy, empero, se nos ha dicho, que á los intereses de la Iglesia conviene el cambio, y que la conciencia de nuestras aptitudes no es cuestión que nos atañe; por esto, recordando las palabras dirigidas á un Profeta, ante sus ojos reputado por un pobre niño que apenas comenzaba á albupear: *ad omnia, qua mittam, te ibis* (1): á todo lo que te mande irás, y las otras del Apóstol que se creía deudor de su ministerio á los sabios y á los ignorantes: *sapientibus et incipientibus debitor sum* (2); dóciles accedimos al divino llamamiento, contestando con las palabras del joven Samuel: *Ecce ego*: aquí estoy. Tiempo ha que para normar nuestra conducta, y para que siempre se haga nuestro gusto y se cumplan nuestros deseos, hemos tomado por máxima: *no querer más que lo que Dios quiera*: cuando al emprender una obra por la gloria de Dios, nuestros proyectos fracasan, no lo quiso Dios, nos decimos, y quedamos en calma; si, al contrario, el éxito viene á coronar nuestros esfuerzos, Él lo quiso, exclamamos, y por eso se ha hecho: *Ipse dixit, et facta sunt* (3). Y cuando le dirigimos nuestros votos, en demanda de algún favor: *quíerelo Tú Señor*, le decimos, *y todo estará hecho*; así, uniendo nuestro querer al divino, siempre se hará lo que queremos. Sin esperararlo, sin pensarlo siquiera, y mucho menos dese-arlo; sin contar por nuestra parte con influencias amigas, sin

[1] Jerem. I. 7.
 [2] Rom. I. 14.
 [3] Psal. CXLVIII. 5.